

Esto ocurrió el día de mi 18º aniversario. Desperté en la cama del hotel tras una noche de fiesta, alcohol y sexo. Mi cuerpo estaba cansado de bailar durante tantas horas seguidas y mi cara se había quedado pegada a la almohada. Llegamos hace tres días a la capital como regalo de cumpleaños de Sara, mi novia de entonces. A ella no la encontré por ninguna parte, simplemente hallé una nota en el espejo del hotel “He ido al centro comercial que hay al lado. Te espero ahí.” Así que terminé por vestirme y decidí ir en su busca. 10 minutos hallé el centro comercial y me propuse encontrarla. A los dos minutos suena el teléfono.

– Hola cielo ¿dónde estás?

– Hoy voy a darte tu regalo de cumpleaños. pero antes, has de hacer algo.

– Vale, ¿pero dónde estás?- No vas a hacer nada sin que te lo diga. No vas a decir nada sin que te lo diga. Ahora vas a entrar al Starbucks. Y cuando me hables acabarás la frase con si Ama o no Ama. ¿Lo has entendido?

– Sí, Ama.

– Bien, ahora entra al Starbucks.

A partir de ahí fue una consecución de orden tras orden. La primera fue ir al servicio del Starbucks, retirar las bragas y esconderlas en mi bolso. Acto seguido salí a la entrada y pedir un café largo con leche, bien caliente, y subir al piso de arriba a tomármelo. Cuando hallé el sitio, en una butaca justo al lado de la barandilla con cristal, tuve que sentarme con las piernas abiertas. Entonces entró ella, pidió otro café y se sentó justo en las butacas que quedaban enfrente de mí, en el piso inferior. Sonó el móvil, mi novia me estaba escribiendo.

– ¿Cómo lo llevas?

– Confusa, Ama.

– ¿Excitada?

– Un poco, Ama.

– Ya sabía que yo que me había echado una novia bien guarrilla.

– Gracias Ama.

- Hoy como regalo de cumpleaños vas a ser sometida. Me he estado preparando durante meses a escondidas. Abre las piernas. Más.
- Hay gente cerca Ama.
- Me da igual. Siéntate en la butaca de enfrente. Ábrete más de piernas. Así. ¿Cómo te sientes?
- Excitada Ama.
- ¿Te pone que te vean?
- Me gusta que me mande, Ama.
- Desde aquí abajo se te ve muy bien. Levántate, les pides un boli, y vuelves a tu sitio. Bien, ahora saca tus bragas y escribe tu número de teléfono.
- ¿Cómo, Ama?
- Tu móvil, escribe tu móvil.
- Sí, Ama.
- ¿Ya lo has hecho? Ábrete bien de piernas.
- Sí.
- ¿Cómo va el café?
- Terminado, Ama.
- Bien. ¿Qué quieres hacer?
- Estar a su lado, Ama.
- Lo estarás, lo estarás. Pero aún no. Ahora levántate. Irás a devolver el boli. Les darás también las bragas diciendo “por las molestias” y te vas. Antes de bajar la escalera mira a su mesa, y si te miran, te levantas la falda un momento y bajas conmigo. ¿Entendido?
- Sí, Ama...
- ¿Pasa algo?
- No quiero hacerlo, Ama.
- ¿Por qué?

- Vergüenza, Ama.
- Si lo haces, tendrás un deseo cuando estemos en la habitación del hotel?
- ¿Un deseo?
- Sí. Algo que hacer, que recibir...
- Vale, Ama. Voy.
- Buena chica. Que monos, te miran el culo cuando te vas. Hola cielo.
- Hola Ama.
- ¿Qué tal estás?
- Bien Ama.
- ¿Excitada?
- Sí, Ama.
- Bien, vamos a pasear. Ve al baño y ponte esto.

Jamás había visto un juguete similar y tampoco sabía de dónde lo había sacado. Conocía de sobra todos sus juguetes y ese nunca lo había visto. Me dirigí al baño, lentamente coloqué mis piernas dentro de las tiras y fui subiéndolo poco a poco hasta mi vagina hasta que quedó ajustado e insertado el pequeño resorte. Volví con mi novia, que me besó apasionadamente delante de todo el mundo con fervor y salimos a fuera. Paula me cogió de la mano y fue explicándome que durante los últimos meses se había reunido con una amiga suya que tenía a una sumisa como novia y asistió a varios encuentros para esclarecer cómo debía tratarme a partir de ese momento ya que ella no quería una sumisa que obedeciera todo en la cama, no, quería a alguien que obedeciera en todo momento y no rechistase. Le pregunté qué quería decir y entonces noté cómo mis bajos empezaban a vibrar. Por impulso natural, nerviosa y excitada, acerqué mis manos a mi sexo por encima de la falda a lo que Paula indicó que debía aguantarme, que no podía tener un orgasmo a no ser que gimiera en alto. Entonces especifico que lo que quería era una muñeca, una esclava sexual con la que divertirse al igual que amarla.

Estuvimos andando durante casi media hora por el centro comercial, yo notaba cada vez más el resorte en mi interior y una pequeña bala en mi clítoris que no dejaba de estremecerme; mis piernas me temblaban cada vez más y ahí ocurrió lo que definió nuestra relación a partir de ahí.

– No aguanto más, Ama.

– Pues córrete, pero ya sabes, en alto.

– No puedo, Ama.

– No te queda otra, perra.

– Ya me he corrido Ama, Justo cuando le dije que no aguantaba más.

– No te he oído gemir, perra.

– Lo siento, Ama.

No emitió palabra o sonido alguno. Simplemente indicó que debía seguirla y eso hice. Fuimos andando hasta el hotel, Paula apagó el estimulador quedándome más tranquila de no volver a correrme sin su permiso. Entramos en el hotel, subimos al ascensor hasta nuestra planta. “A 4 patas dijo”. Yo no sabía que esperaba que hiciese. Tras una bofetada repitió que debía postrarme a 4 patas. No fue muy fuerte, pero me sorprendió. Asombrada me postré a 4 patas sin dejar de mirarla, intentando averiguar si era eso lo que esperaba de mí. “No me mires. No tienes derecho. Solo mira al suelo”. Agaché la cabeza, salimos del ascensor y recorrimos el pasillo hasta nuestra puerta. Fueron los dos minutos más largos que recuerdo. Fue muy vergonzoso, nos cruzamos con un par de parejas que nos miraron asombrados e incluso creo que alguien me sacó alguna foto. Cruzamos la puerta, indicó que me desnudase y subiera a la cama. Mientras lo hacía, ella sacó una bolsa de debajo de la cama. En ese momento acercó unas cuerdas con esposas hacia a mí y las fue ajustando a los postes de la cama y a mis extremidades hasta que quedaron bien tensas. Yo no sabía qué estaba pasando, no me atrevía a preguntar tampoco. Extrajo el juguete desanclando las

tachuelas e introdujo dentro de mí un juguete que no reconocía por el tacto. Uso cinta aislante para tapar del todo mi húmedo coño, seguía mojado del orgasmo anterior y de la permanente excitación en que me encontraba desde la cafetería, dejando el juguete totalmente sin vía de escape. Entonces noté cómo empezaba a vibrar dentro de mí. No pude evitar gemir y alertar a mi novia de que no podría aguantar mucho más.

– Este es tu castigo.

– ¿Castigo, Ama?

– Te has corrido sin obedecer las condiciones. ¿Tu quieres permanecer a mi lado?

– Sí, Ama.

– ¿Me quieres?

– Sí Ama.

– Pues entonces no vas a volver a fallarme. Y para mostrarte lo que pasa, vas a estar así hasta la que vengan Lidia y las otras.

– Pero Ama, quedan cinco horas.

– ¿Decías? -Dijo tras azotarme el trasero y subiendo la intensidad del juguete, un huevo vibrador seguramente.

– Si, Ama. Lo que usted diga. ¿Debo aguantar los orgasmos Ama?

– Uí no cielo. Vas a suplicar que no tengas más orgasmos.

– ¿Cómo, Ama

En ese preciso instante el huevo vibrador llegó a su punto álgido, haciendo vibrar todo mi interior, otorgándome un gran placer que me prohibía emitir cualquier otro sonido que no fuera un gemido. Mi novia, mi Ama, consciente de ello, tapó mi boca con cinta adhesiva, me dio un beso y se fue a la ducha. Yo solo quería que eso terminase, y aún quedaban cuatro horas y cincuenta minutos.